



Jordi

Llobregat No hay luz
bajo la nieve



DESTINO

No hay luz bajo la nieve

Jordi
Llobregat

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1477

© Jordi Llobregat Mateu, 2019
Autor representado por The Ella Sher Literary Agency.

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

De las citas del interior: Dante Alighieri, *Divina comedia*.
Traductor: Abilio Echeverría, Alianza Editorial, 2013.

Primera edición: septiembre de 2019

ISBN: 978-84-233-5602-7
Depósito legal: B. 15.799-2019
Impreso por Black Print
Impreso en España-Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Veintidós años antes

La vela dibujaba ondas anaranjadas sobre los rostros de los seis niños. Estaban sentados en un círculo y sonreían nerviosos. Ninguno podía imaginar que su vida no volvería a ser la misma después de aquella noche.

La niña más pequeña del grupo miró hacia las sombras que los rodeaban. Tenía miedo, pero hubiera preferido morir antes que confesarlo. Apartó la vista de la oscuridad y observó a la chica que se sentaba a su lado. Aún le asombraba la determinación de su hermana. Al fin y al cabo, Natalia, o como prefería que la llamaran, Lía, acababa de cumplir once años, así que era solo trece meses mayor que ella. Todo el mundo la consideraba la más guapa, divertida e inteligente de las dos. La quería mucho pero, en ocasiones, la odiaba con toda el alma.

Natalia descubrió que la miraba y le guiñó un ojo.

—¿Estás preparada?

Habían descubierto el búnker aquel verano.

Aunque su padre les había advertido que no se alejaran, el aburrimiento hizo que se aventurasen junto al resto de la pandilla por los senderos que rodeaban la cabaña. Cada día se adentraban un poco más en el bosque. Al cabo de una semana, conocían todos los caminos que cruzaban el valle.

Una tarde, mientras jugaban, Natalia cayó por un terraplén. Cuando acudieron a ayudarla, la encontraron observando con gesto pensativo una extraña roca frente a la que había caído. En la parte superior, tras unos matorrales, asomaba una abertura. Todos se emocionaron al pensar que habían descubierto una cueva. Resultó ser el ventanuco de una torreta.

Examinaron los alrededores y encontraron los restos de un foso y unos escalones cubiertos de tierra que los llevaron hasta una puerta cubierta de alia-gas. Intentaron abrirla pero, a pesar de su estado ruinoso, no lo consiguieron. Entonces, Alba, hermana de Héctor, descubrió que la raíz de un árbol había abierto un boquete en el muro. Entre todos consiguieron agrandarlo lo suficiente para pasar.

Natalia fue la primera.

Al entrar descubrieron un corredor de gruesas paredes de hormigón que se adentraba en la oscuridad. El aire estaba viciado y olía a humedad. Los sonidos del exterior quedaron atrás y su lugar lo ocupó un silencio tan denso como el del fondo de un pozo.

Alejandra se estremeció, aunque no fue a causa de la baja temperatura. No sabía explicarlo, pero tenía la certeza de que estar allí era un error. Debían salir de aquel lugar cuanto antes y no volver. No vol-

ver jamás. Sin embargo, antes de que nadie pudiera decir nada, Natalia decidió que regresarían la tarde siguiente con linternas.

Durante los sucesivos días se aventuraron por el pasadizo principal y descubrieron que había otros túneles que salían desde allí para internarse en la montaña, cada vez a mayor profundidad. Algunos tramos eran impracticables porque el techo se había derrumbado o había demasiada agua acumulada que se filtraba por las paredes. Hallaron dos salas vacías con troneras semienterradas y tapiadas con tablones de madera podridos. También encontraron una puerta similar a la de la entrada, pero tampoco pudieron abrirla. A pesar de sus esfuerzos, tras varios días de exploración, apenas conocían una parte de aquel laberinto.

Una tarde disfrutaban junto al río del calor del sol cuando empezaron a discutir sobre quién de todos ellos era más atrevido. Los chicos se burlaron afirmando que una chica jamás podría ser tan valiente como un chico. Alejandra observó como su hermana Natalia se indignaba al escucharlos, hasta que supo con seguridad que iba a hacer algo al respecto.

Unos minutos más tarde estaban en una de las estancias vacías del búnker que habían acondicionado con viejas mantas y cojines. Natalia sacó un manoseado juego de cartas y lo extendió sobre la tierra.

—Cada uno de nosotros escogerá una carta y la guardará sin enseñarla a los demás, y luego las iremos descubriendo. El que saque la más alta se quedará a pasar la noche aquí hasta que amanezca.

Aunque varios de ellos palidecieron, nadie se atrevió a echarse atrás y, al final, cada cual terminó

por coger una carta del montón. Se miraron unos a otros para ver quién empezaba.

Juan fue el primero. Giró su carta y mostró el dos de picas. Soltó un exabrupto sin disimulo. Luego Héctor levantó la suya y enseñó el cuatro de tréboles mientras articulaba una sonrisa indecisa. Su hermana Alba tiró un diez de picas en medio del círculo. A pesar de su gesto de indiferencia, sus ojos no paraban de mirar a un lado y a otro. Un murmullo recorrió el grupo cuando la dama de diamantes apareció entre las manos de Marc.

Le tocaba a Natalia.

Cuando empezó a levantar la carta, Alejandra, que estaba a su lado, entrevió un as. Ella tenía una carta más baja. Su hermana era quien se iba a quedar allí. Su corazón dio un salto de alegría, pero entonces observó la admiración con que los chicos miraban a Natalia. Sin pensarlo, señaló hacia la oscuridad.

—¿Habéis oído eso?

Todos volvieron la cabeza y, antes de poder arrepentirse, Alejandra cambió las cartas. Al comprobar que no había nada en el túnel, se elevó en el grupo de niños un conjunto de protestas.

—Idiota, menudo susto —le soltó Alba.

—¡No tiene gracia! —resopló Juan con voz temblorosa, lo que hizo que todos rieran.

—Venga, sigamos.

—Te tocaba a ti, Lía.

Natalia cogió el naipe que tenía frente a ella y lo mostró. El tres de corazones. Su expresión desconcertada tan solo la advirtió Alejandra.

—Mi turno —se adelantó ella antes de que su hermana dijera algo.

Apenas pudo contener el temblor de sus dedos. El as de tréboles cayó al suelo y provocó un coro de exclamaciones.

Alejandra sintió como su hermana la escrutaba. Los ojos de Natalia pasaron a contemplar la carta que aún sostenía en su mano y luego volvió a mirarla. Poco a poco, en su cara se dibujó una sonrisa y asintió de forma imperceptible. Alejandra intentó disimular el calor que encendía sus mejillas.

Se levantaron todos.

—¿Realmente vas a quedarte? —le preguntó Héctor.

—Claro. Os demostraré que una chica puede ser tan valiente como cualquiera —dijo desafiante. Reparó en la mirada de Marc, que la observaba con renovado respeto, y le dio un vuelco el corazón.

Natalia se acercó y la abrazó.

—Todo irá bien. Eres mi hermana, la más valiente... y... —susurró— la más tramposa.

Entonces, Natalia hizo algo inesperado. Se llevó las manos al cuello, se desabrochó el colgante que llevaba, una pequeña hada de plata que le había regalado su madre justo una semana antes de fallecer, y se lo colocó a su hermana alrededor del cuello.

—Volveré a por ti en cuanto amanezca.

Salieron todos por la abertura en el muro, y Alejandra escuchó como sus voces se iban distanciando hasta que todo quedó en silencio.

Dos horas más tarde, Alejandra añoraba la seguridad y el calor de su cama. Se preguntó por qué se había dejado llevar por aquella estúpida apuesta. Un ruido interrumpió sus pensamientos. Con torpeza, enfocó la luz de la linterna hacia el lugar donde creía que se había producido. Como las otras cinco ocasiones anteriores, no había nada, o al menos nada que ella pudiera ver. El agua se filtraba por las grietas de las paredes y se precipitaba en alguno de los charcos que llenaban el suelo. El sonido se transmitía como un eco por los túneles.

Intentó pensar en algo que la distrajera, pero su mente no dejaba de imaginar las historias más espe-luznantes. Una y otra vez recordaba que no habían podido explorar el búnker en su totalidad y se preguntaba si habría alguien o algo escondido esperando a que se durmiera. Miró hacia las sombras y tragó saliva.

Pasada la medianoche, empezó a sentir que le vencía la fatiga y decidió meterse, con una de las viejas mantas, en uno de los huecos que servían para almacenar munición. Apenas cabía, pero era un refugio y la hacía sentir más segura. Fue entonces cuando la luz de la linterna se volvió amarillenta y, medio minuto después, se apagó. La zarandeó, pero no sirvió de nada; la había tenido encendida todo el tiempo y las pilas se habían agotado. Una punzada de temor la atravesó. Ella siempre había odiado la oscuridad. Recordó con alivio que tenía unas pilas nuevas en la bolsa que había traído consigo. Solo debía llegar hasta ella.

Cuando se disponía a abandonar su escondite,

se detuvo paralizada. Había escuchado un ruido. Esperaba que fuera uno más de los sonidos que la habían acompañado hasta entonces pero, cuando se repitió, percibió con nitidez que se trataba de un sonido diferente. Algo se arrastraba por el suelo.

Se acurrucó en el hueco de piedra y se cubrió con la manta. Temblaba de miedo mientras miraba hacia el fondo del túnel. Unos segundos después, creyó distinguir una forma oscura que avanzaba en su dirección. Se mordió los labios para resistir la tentación de gritar. La sombra pasó por su lado sin reparar en su presencia. Arrastraba un bulto tras ella. Alejandra cerró los ojos con fuerza y musitó una canción infantil.

Un fuerte ruido hizo que se despertara sobresaltada. A su alrededor todo seguía a oscuras. En algún momento se había quedado dormida. Se apoyó sobre los codos. Sin previo aviso, el estruendo se repitió y las paredes temblaron. Algo golpeaba la puerta del búnker. Querían entrar.

Intentó levantarse y huir pero, entumecida por el frío, no consiguió moverse. Antes de que pudiera reaccionar, la puerta cayó al suelo arrancada de cuajo. Tras ella apareció una sombra.

Alejandra gritó cuando se abalanzó sobre ella. Luchó por zafarse, pero era demasiado fuerte. El túnel amplificaba sus gritos. Siguió forcejeando hasta que un fogonazo de luz la deslumbró. Varias sombras más aparecieron en el hueco de la puerta y otras luces iluminaron el interior del búnker. Atónita,

reconoció a algunos hombres y mujeres del pueblo. Alguien se quitó un anorak y se lo puso por encima. Frente a ella, de rodillas, su padre la miraba con el rostro angustiado. Su abrazo le hizo daño, pero se apretó contra su cuerpo deseando que no la soltara nunca. Sin embargo, él la separó cogiéndola de los hombros. Tenía los ojos húmedos y le temblaban los labios. Nunca había visto a su padre así. Seguro que la castigaría el resto del verano.

—Alejandra, ¿dónde está tu hermana?